La lluvia en la ventana

Hincho mi corazón para que entre
Como cascada ardiente el Universo.

De *Amanecer, Lagar*
Gabriela Mistral

María era una niña que no sabía aburrirse. Esta podrá ser una virtud para ustedes, pero ni sus amigas ni su familia lo veían así. Cuando todos estaban aburridos (los domingos por la tarde, con los calores del verano, las mañanas lluviosas, las noches largas sin poder dormir) María se ponía a jugar, a cantar o a inventar una historia. Mientras todos esperaban ansiosa o pacientemente que se acabara un viaje, que terminara la noche, que la lluvia o el calor amainaran, María se entretenía, ideaba un juego, soñaba o, simplemente, imaginaba lo que haría al llegar a la casa o cuando empezara el día o cuando, por fin, pudiera salir a jugar al patio mojado por la lluvia. No sabría decirles si era soñadora o, simplemente, gozadora, si vivía en el futuro o en el día a día, si le gustaba más hacer cosas (como cuando dramatizaba todo tipo de historias con unos pocos elementos) o contemplarlas (como cuando miraba largo rato las gotas deslizarse por la ventana de su pieza). Así vivía María, no hace falta dar mayor explicación.

Pero, aunque María no exigía nada –aceptaba con gusto compañeras de juego o que su hermano menor le ayudara a interpretar sus historias, pero podía muy bien batírse las sola– su familia y sus amigas estaban molestas. Por decirlo de alguna manera, que María no se aburriera era para todos –menos para ella– “aburrido”. Quizás se aburrían *más* al ver que ella no se aburría. O quizás se daban cuenta al verla así de que *estaban* aburridos. O, lo que es peor, que quizás –solo quizás– ellos *eran* aburridos. Pues estar y ser aburrido no es lo mismo y una cosa es que haya cosas aburridas y otra que uno sea *un aburrido*.

Siempre es más fácil querer que cambien los demás que querer cambiar uno mismo. Y quienes rodeaban a María tampoco sabían cómo cambiar, o si acaso debían hacerlo. Pues, si María era la excepción, ¿por qué no se adaptaba ella a los demás?

Las amigas, un día, comenzaron a conspirar. ¿Cómo hacer que María se aburra? Quizás entonces todo será como debe ser. Una niña muy inteligente –pero un poco aburrída– tuvo una idea: “tenemos que pensar como ella, no como nosotros. Si yo estoy sola en mi pieza sin nada que hacer me aburro como ostra, pero si tengo todo lo que quiero, todos los juegos del mundo, jamás me aburriré. Tal vez María necesite eso mismo para aburrirse: un paraíso para no aburrirse. Con ella debe funcionar como en el mundo al revés”. La idea les pareció a todas perfecta. Era difícil explicar la lógica, la solución sonaba algo mágica, pero tenía, sin embargo, todo el sentido del mundo.

Manos a la obra. Cada niña pidió con insistencia permiso a sus padres para ir, por primera vez, a un parque de diversiones. María fue invitada y, divertida como siempre era, quiso asistir. El lugar era perfecto: música, luces, estímulos de todo tipo y, sobre todo, juegos, muchos juegos. Imposible, pensaban ellas, que alguien pudiese aburrirse un instante en un lugar como ese. Salvo –apostaban– María.

El plan funcionó a la perfección. Todas corrían de un lado para el otro. O, más bien, de un juego para el otro. Jugaban, comían, se reían, saltaban, gritaban y volvían a empezar. María, como todas, se divertía. Pero después de un rato se empezó a agotar. A saturar. Las luces nublaban su mirada, los ruidos se agolpaban en sus oídos, todo le sabía a su lengua igual. Pero no era la única: sus amigas, una por una, se fueron saturando y, en cierto modo, intoxicando. Después de unos minutos estaban todas, incluida María, insalvablemente, aburrídas.

Entonces ella, María, les enseñó su secreto: “quédense ahí, amigas”. “Como que *ahí*”. “En el aburrimiento” les contestó. No era fácil lo que les pedía. Sobre todo, porque ese *ahí* no era ningún lugar. Solo podían pensarlo, imaginarlo. Tratar, pero

sin saber siquiera *qué* estaban tratando. Era un ejercicio absurdo: quedarse en el aburrimiento, como si alguien intentara correr lento a propósito o escuchar hablar de uno sin querer enterarse.

Pero en eso, como rumiando lo profundamente aburridas que estaban, de a poco, las amigas de María comenzaron a imaginar, a soñar y a pensar en cosas que nunca habían imaginado ni soñado. De a poco empezaron a sentirse livianas otra vez, sin saber ya si estaban divertidas o aburridas. Pero eso ya no importaba.

Ese día sus amigas entendieron a María. Que ella sí se aburría. Que cuando iba en el auto quería llegar a casa, que cuando no podía dormir, quería ver salir el sol, que prefería, sin duda, jugar en el patio que mirar desde su ventana caer la lluvia. María sí se aburría porque María prefería unas cosas a otras y algunas cosas ni siquiera le gustaban. Como ir al dentista o no poder dormir. Como ir a un parque de diversiones y saturarse con las luces, los ruidos y de correr de un juego a otro.

Claramente, María prefería llegar a casa antes que *imaginarse* lo que haría al llegar a casa. O, al menos, eso prefería antes de imaginárselo. Porque cuando empezaba a imaginar, a soñar y a pensar, su mundo se ensanchaba y ya no estaba aburrida. Naturalmente, María prefería salir a jugar al patio antes que ver deslizarse las gotas de lluvia en su ventana. O, al menos, eso prefería antes de empezar a seguir con la mirada las gruesas gotas formando figuras, cruzándose y sobrepasándose en una carrera fugaz por alcanzar el borde de la ventana. O, antes de que, con los oídos aguzados, empezara a entretenerse con el repicar de la lluvia en el tejado y con las fantasías en las que, entonces, su mente se adentraba.

María se aburría, sí. Pero sabía cómo no aburrirse con el aburrimiento. Sus amigas entendieron.

Ese día todas durmieron bien. Los padres, sorprendidos, pensaron que habían sido los juegos del parque. Estaban muy aburridos para imaginar algo más.

Gran Torino